

Karl Marx

El dieciocho
Brumario de Luis
Bonaparte

Traducción, introducción y notas
de Elisa Chuliá



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Der achtzehnte Brumaire des Louis
Bonaparte*

Primera edición: 2003
Segunda edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Elisa Chuliá Rodrigo, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-9397-2
Depósito legal: M. 26.646-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 35 Selección bibliográfica

- 37 El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

- 209 Apéndices
- 211 Prólogo a la segunda edición (Karl Marx)
- 215 Prólogo a la tercera edición (Friedrich Engels)

Introducción

Si Karl Marx hubiera podido anticipar la enorme difusión que desde su muerte, en 1883, ha tenido *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, probablemente no habría dedicado sólo unas cuantas semanas (entre diciembre de 1851 y marzo de 1852) a la elaboración de este libro. Nos habría privado tal vez de la frescura de un texto escrito con la inmediatez de un análisis de actualidad y, dada su tendencia a dilatar la realización de sus grandes proyectos intelectuales, acaso nos habría impedido tenerlo hoy en nuestras manos.

El dieciocho Brumario es un libro fundamental para una primera aproximación a Marx. En efecto, la lectura de esta obra nos acerca a algunas piezas clave del pensamiento de su autor, especialmente a su modo de enfocar los fenómenos políticos y a su concepción del cambio social y los procesos históricos, pero, al mismo tiempo, nos ofrece múltiples indicios sobre sus pasiones, sus ilusiones y sus

decepciones. Se trata, en cualquier caso, de un análisis comprometido, de un ensayo en el que el escritor no desaparece detrás del relato de los hechos, sino que los interpreta selectivamente y valora a sus protagonistas sin titubeos, construyendo un discurso en el que la descripción y la explicación se entranan con la crítica política y social, la invectiva y la visión voluntarista¹.

En esta breve introducción a *El dieciocho Brumario* no pretendo más que ofrecer al lector algunos razonamientos que allanen el acceso al libro. No escribió Marx un texto fácil de leer. Refiriéndose a él, Jon Elster ha señalado que está lejos de ser perfectamente claro y consistente en sí mismo². La brillantez intelectual de Marx era algo díscola y enrevesada; aplicada a temas o episodios de incontestable complejidad, como los considerados en este libro, producía piezas de reflexión muy exigentes.

El dieciocho Brumario cubre un período corto, de apenas cuatro años, pero muy intenso en acontecimientos: la caída de Luis Felipe de Orleans como consecuencia de la protesta social en febrero de 1848 y el consiguiente establecimiento de un gobierno provisional; la elección mediante sufragio universal de la Asamblea Constituyente en mayo de 1848; el fracasado levantamiento obrero un

1. Sobre el papel de «comentarista activo» que adopta Marx en *El dieciocho Brumario* y su particular relación con el texto, véase John Paul Riquelme, «*The Eighteenth Brumaire* of Karl Marx as Symbolic Action», *History and Theory* 19, 1, 1980, págs. 58-72, y Dominick La Capra, «Reading Marx: The Case of *The Eighteenth Brumaire*», en íd., *Rethinking intellectual history: texts, contexts, language*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, págs. 268-289.

2. Jon Elster, *Una introducción a Karl Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pág. 2.

mes después; la elección popular de Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón I, como Presidente de la República en diciembre de 1848; la constitución de la Asamblea Legislativa en mayo de 1849; el progresivo deterioro de la relación entre el legislativo y el ejecutivo a lo largo de los siguientes años, y el golpe de Estado de Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851.

Marx da cuenta de estos acontecimientos sin escatimar detalles, prestando atención a la multitud de actores y factores que promueven, acompañan, enmarcan y contribuyen a explicar los avatares de la Segunda República francesa (1848-1852). Fija su atención principalmente en las motivaciones y estrategias de la burguesía, que, empujada por las contradicciones del sistema que contribuyó a edificar tras la Revolución de 1789, abandona las demandas políticas supuestamente propias de su clase, es decir, el mantenimiento de un régimen liberal. Cede, por tanto, su poder de gobierno a cambio de ver preservados sus intereses económicos y recibir protección ante la amenaza obrera. ¡Dura lección la que la Segunda República enseña a los burgueses, que «sólo pueden continuar explotando a las otras clases y gozando tranquilamente de la propiedad, la familia, la religión y el orden, bajo la condición de que su clase sea condenada, junto con las otras, a la misma nulidad política» (pág. 110)! Pero lo que complica y enriquece el análisis marxiano es la interacción de las estrategias burguesas con las de otras figuras e instituciones dentro y fuera del Estado, así como la consideración no sólo de los intereses, sino también de las percepciones de los actores en el desarrollo de un proceso que acabó concentrando el poder del Estado en las manos de quien en

diciembre de 1853 se proclamaría emperador de los franceses con el nombre de Napoleón III.

El dieciocho Brumario no se presta fácilmente a las generalizaciones tópicas con las que demasiado a menudo se resume la teoría marxista. Ciertamente, en la lucha de clases reside la clave de la interpretación de la Segunda República que construye Marx; pero la clase burguesa no es tan unidimensional ni consistente en sus comportamientos como suele ser retratada y no todas las fuerzas sociales que influyen en el desarrollo de los acontecimientos constituyen clases; por otra parte, el Estado representa, más que un mero instrumento al servicio de la clase capitalista, un aparato de poder controlado por una burocracia civil y militar con intereses sólo parcialmente coincidentes con los de la burguesía, mientras que las ideas y valores que conforman la superestructura no carecen de virtualidad explicativa. En definitiva, la complejidad de la historia que narra Marx supone un desafío para quienes pretenden reducir sus argumentos a un conjunto de proposiciones categóricas.

El esfuerzo de atención al que obligan esta complejidad argumentativa y la densidad descriptiva de *El dieciocho Brumario* se ve acrecentado por la abundancia de citas en diferentes lenguas y las referencias a personajes y episodios de la mitología, la Biblia, la historia y literatura universales. La forma en la que está compuesto y redactado el texto denota la erudición del autor, pero también su procedencia burguesa y el gusto por un estilo literario elitista, propio de esa clase a la que él convirtió en blanco de sus críticas.

Marx hacia 1850: periodismo, compromiso político y ambición teórica

Cuando a mediados de diciembre de 1851 Marx supo que, desde Nueva York, Joseph Weydemeyer buscaba contribuciones para su nueva publicación *Die Revolution*, se apresuró a proponerle un ensayo sobre el reciente golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte. Marx reunía excelentes condiciones para analizar este acontecimiento: amplia experiencia en el análisis político y la divulgación periodística, buen conocimiento de la situación política y social de Francia y sólida reputación de activista político defensor de la causa obrera y del método revolucionario.

Marx había comenzado a dedicarse profesionalmente al periodismo en 1842, cuando, con apenas veinticuatro años y un título de doctor en Filosofía obtenido en la Universidad de Jena, entró en la redacción del periódico liberal de Colonia *Rheinische Zeitung*. Unos meses bastaron para que su talento y ambición le convirtieran en director de este diario. Hasta 1843, año en el que las autoridades prusianas revocaron el permiso de publicación del *Rheinische Zeitung*, Marx se ejerció diariamente en la crítica política y social, denunciando lacras de las que era víctima (como los abusos contra la libertad de prensa) o simplemente testigo (como las condiciones de vida de los más pobres).

Las dificultades para ejercer una actividad editorial libre en Alemania llevaron a Marx a trasladarse con su recién creada familia a París. Allí debía publicarse la revista *Deutsche-Französische Jahrbücher* cuya dirección le había

sido encomendada. Los *Jahrbücher*, con sus artículos de opinión de conocidos autores (entre ellos, el poeta alemán Heinrich Heine, de quien Marx se reconocía admirador), no tardaron en suscitar el recelo de los responsables políticos prusianos, que en 1844 consiguieron que el gobierno francés anulara la autorización de publicación. A pesar de sufrir su segundo fracaso editorial por causas políticas, Marx extrajo un balance positivo de estos meses en París: estableció contactos con intelectuales socialistas, comunistas y anarquistas franceses y alemanes, conoció a Friedrich Engels, que se convertiría en su permanente interlocutor y sostenedor económico, comenzó a escribir para el periódico comunista *Vorwärts* y a trazar sus primeras reflexiones de teoría económica inspirándose en la lectura de los padres de la economía británica³. Todas estas experiencias catalizaron un proceso de maduración intelectual que marca el final del «joven Marx»⁴.

Los artículos de Marx en *Vorwärts* continuaban irriando a los dirigentes prusianos, quienes presionaron al gobierno francés hasta obtener, a principios de 1845, una orden de expulsión para el agitador. Durante los tres años siguientes, Marx y su familia residieron en Bruselas, ciudad en la que fue perfilando su estrategia política. «Los filósofos sólo han interpretado el mundo

3. Las notas que tomó mientras realizaba estas lecturas aparecerían publicadas casi un siglo después bajo el título *Philosophische und ökonomische Manuskripte (Manuscritos de economía y filosofía)*, traducción, introducción y notas de Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial, 2001).

4. Véase Víctor Pérez Díaz, *Estado, burocracia y sociedad civil. Discusión crítica, desarrollos y alternativas a la teoría política de Karl Marx*, Madrid, Alaguara, 1978, pág. 23.

de distintas maneras; se trata de cambiarlo», escribió en sus *Tesis sobre Feuerbach* de 1845⁵. Esta llamada a combinar los objetivos analíticos y prácticos le llevaba a distanciarse tanto de aquellos pensadores coetáneos dedicados puramente a la especulación intelectual, como de los divulgadores reformistas sin profundidad teórica. De acuerdo con su convicción de la necesidad de unir teoría y práctica, Marx había entrado a formar parte del comité de la Liga de los Justos radicado en Bruselas, asociación que se convirtió en el germen institucional de la Liga Comunista, creada en Londres en el verano de 1847. Marx pasó a presidir la sección belga de esta nueva organización, que entre sus propósitos había declarado la abolición de la sociedad burguesa, el establecimiento del gobierno del proletariado y la fundación de una sociedad sin clases y sin propiedad privada. La misión histórica de la clase obrera en esta transformación quedó descrita en el *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado por Marx y Engels en enero de 1848, cuando tal partido no era más que un proyecto político.

Marx hubo de recibir con el alborozo de quien ve prosperar su causa las noticias que le llegaron aproximadamente un mes después acerca de los acontecimientos revolucionarios en Francia. Había caído el régimen monárquico de Luis Felipe de Orleans, basado en el sufragio censitario

5. Ludwig Feuerbach, discípulo de Hegel, había publicado en 1843 *Las Tesis introductorias a la reforma de la filosofía*. En este libro esbozaba su filosofía materialista, alejándose del idealismo hegeliano. Marx encontró aquí argumentos importantes para elaborar sus teorías. En *Tesis sobre Feuerbach* desarrolló el concepto de materialismo de este autor, vinculándolo con la actividad humana.

y la subordinación del poder legislativo al ejecutivo. Los monarcas europeos siguieron con tanta atención como espanto los sucesos de Francia y tomaron medidas para evitar el contagio revolucionario. Marx fue el destinatario de este celo gubernamental: en los primeros días de marzo de 1848, el rey de los belgas firmó su orden de expulsión. Si Bélgica le cerraba sus fronteras, la Francia revolucionaria se las abría. No obstante, sólo permanecería unas semanas en París antes de volver a Alemania. También en su patria se avecinaban cambios políticos importantes de los que él quería ser espectador y comentarista directo. Su proyecto de fundar un periódico se materializó muy pronto: el 1 de junio salía el primer ejemplar del *Neue Rheinische Zeitung*.

La aventura del *Neue Rheinische Zeitung* no duró siquiera un año. La revolución había fracasado en Alemania y, en mayo de 1849, Marx recibió una nueva orden de expulsión de su país. Un rápido viaje a París le confirmó la inconveniencia de establecer su residencia en Francia. Allí, en junio de 1848, tras una cruenta represión de la insurrección obrera, la burguesía francesa había logrado recuperar el timón de la política, poniendo fin a la breve fase de influencia política de las clases populares. La elección por sufragio universal de Luis Bonaparte a la presidencia de la República en diciembre de 1848 había supuesto otra vuelta de tuerca en este proceso contrarrevolucionario.

Ante la recuperación política de las fuerzas conservadoras en el continente, Marx decidió en agosto de 1849 embarcarse hacia Inglaterra. Londres se convertiría en su residencia definitiva. No tardó en encontrar un refugio ideal

en la sala de lectura del British Museum. En cualquier caso, más que de una renuncia a la actividad política, se trataba de una tregua. Así lo debieron creer también los gobernantes de Prusia, que ordenaron a sus espías vigilar los movimientos de su recalcitrante compatriota. Este retiro intelectual tampoco significó el abandono de su actividad divulgadora a través del periodismo, ya que en el otoño de 1851 fue nombrado corresponsal europeo del *New York Daily Tribune*. Un par de meses después, desde su atalaya londinense, observó cómo Luis Bonaparte liquidaba las instituciones de la Segunda República y preparaba al país para la proclamación del Segundo Imperio.

Al parecer, la propuesta de publicación que Marx hizo a Weydemeyer consistía en un breve ensayo por entregas, una suerte de continuación de los artículos que ya había escrito entre 1848 y 1850 sobre la situación política francesa y que, tras su muerte, Engels recopiló y publicó bajo el título de *Las luchas de clases en Francia*. Marx reemprendió el análisis de la actualidad francesa en un momento difícil de su vida. El fracaso de las revoluciones de 1848, el desmantelamiento de la Liga Comunista, la penuria económica y los problemas de salud que abrumaban a su familia conforman probablemente el poso de aspereza irónica y desazón cáustica que impregna *El dieciocho Brumario*. El texto resultó finalmente más extenso de lo previsto; apareció publicado en lengua alemana, como monográfico de la revista *Die Revolution*, en mayo de 1852, varios meses después de que ésta hubiera dejado de editarse semanalmente por problemas económicos.

Los hechos: la breve y convulsa historia de la Segunda República francesa

En febrero de 1848 París se vio sacudida por una revolución que espontáneamente se propagó a los países vecinos, alarmando a sus monarcas y gobernantes. La lucha por el poder de unas elites enfrentadas sumió a la monarquía de Luis Felipe de Orleans en un estado de debilidad que los grupos más desfavorecidos aprovecharon para expresar su insatisfacción con las condiciones sociales y económicas. La represión violenta de esta manifestación de protesta desencadenó la furia popular y el estallido de una revuelta que denunciaba el talante autoritario de los gobiernos y la exclusión política derivada del sufragio censitario. El rey abdicó y huyó a Inglaterra. Su precipitada marcha significaba el fin de la denominada «monarquía de Julio», instaurada en 1830 con el apoyo fundamental de la burguesía industrial. Al calor de un discurso entretejido con palabras tales como «soberanía popular», «derechos del hombre» y «justicia social», reminiscentes del lenguaje de la gran Revolución de 1789, se proclamó la Segunda República.

La mayoría de los miembros del nuevo gobierno provisional francés eran reformistas moderados que habían participado en las instituciones de la monarquía de Julio. En respuesta a las demandas de la población urbana, este gobierno provisional diseñó con rapidez unas medidas de ayuda a los menesterosos e introdujo algunos cambios en la normativa sobre las condiciones de trabajo. En la primavera se celebraron elecciones basadas en el sufragio universal masculino.

Ellas pusieron de manifiesto el carácter predominantemente conservador del cuerpo electoral francés, del que los pequeños campesinos formaban una parte considerable: en la Asamblea Nacional Constituyente que emergió de este plebiscito no prevalecían los socialistas ni los radicales, sino los representantes de la burguesía, defensores de valores tradicionales como la propiedad privada, el orden y la familia, y firmemente dispuestos a evitar una nueva revolución social. Cuando el 15 de mayo una muchedumbre desencantada con la evolución de los acontecimientos políticos logró abrirse paso hasta la Cámara, fue dispersada por la Guardia Nacional. El incidente sirvió de pretexto a las autoridades para privar de sus escaños y arrestar a los más influyentes dirigentes de la izquierda.

Estas medidas no lograron, sin embargo, más que intensificar el descontento de los sectores más humildes. En junio, a propósito de la decisión de la Asamblea de reducir drásticamente algunas de las prestaciones a los desempleados aprobadas por el gobierno provisional, grupos de obreros, sirvientes y pequeños artesanos levantaron barricadas en París. La Asamblea Nacional declaró el estado de sitio y transfirió al general Cavaignac, comandante supremo de las fuerzas armadas militares, todas las competencias ejecutivas. Por el sangriento aplastamiento de la revuelta entre los días 22 y 25 de junio, la Asamblea Constituyente premió a Cavaignac nombrándole presidente del consejo de ministros. Sin ceder a la tentación de adueñarse del poder legislativo y erigirse en dictador, el general dejó culminar su labor a la Constituyente.

El diseño institucional de la Segunda República, tal y como lo establecía la Constitución de 1848, giraba en torno a dos poderes: una cámara legislativa cuyos diputados debían ser elegidos cada tres años por sufragio universal masculino, y un presidente, elegido también por sufragio universal para un período improrrogable de cuatro años, que ostentaba el poder ejecutivo. Con el fin de proteger al máximo la recién creada república parlamentaria, la Constitución incluía mecanismos tales como la limitación temporal del ejercicio presidencial y la necesidad de tres cuartas partes de los votos de los diputados para efectuar una revisión constitucional.

En las primeras elecciones presidenciales, convocadas el 10 de diciembre de 1848, Luis Napoleón Bonaparte sacó una amplia ventaja a Cavaignac y al resto de los candidatos. El mito napoleónico, reavivado y realzado durante la monarquía de Julio por artistas e historiadores, fue probablemente el principal factor explicativo de la victoria electoral de Luis Napoleón. Pero también es cierto que el sobrino de Napoleón Bonaparte supo construir un discurso político atractivo para amplios sectores de la población, exaltando las facetas más brillantes de la memoria histórica del Primer Imperio. Los conceptos de paz, prosperidad y grandeza de Francia se entrelazaban en un mensaje en el que no faltaban guiños a la justicia social, para eclipsar la hasta entonces desdolorosa carrera política de Luis Napoleón. Efectivamente, repetidos intentos fracasados de subvertir el orden político en Francia le habían llevado a la cárcel y al destierro. Sin embargo, su ambición política acabó imponiéndose a su trayectoria biográfica, a su porte poco lucido y a su mala oratoria.

Desde la presidencia de la República, Luis Napoleón favoreció la disolución de la Asamblea Constituyente y la convocatoria de nuevas elecciones. La nueva Asamblea Legislativa, elegida en mayo de 1849, se hallaba integrada por una mayoría conservadora, de aproximadamente dos tercios, dividida entre legitimistas (partidarios de la dinastía borbónica), orleanistas, católicos y republicanos de derecha, y una minoría de republicanos socialistas radicales. Mientras permitía que el gobierno encabezado por el legitimista Odilon Barrot sacara adelante leyes que consolidaban la supremacía educativa de la Iglesia Católica y restringían el sufragio, Luis Napoleón desplegó iniciativas variadas para ganarse la lealtad de las burocracias civiles y militares. Al tiempo que consolidaba su poder en la administración del Estado mediante el reclutamiento de partidarios para puestos clave y la concesión de prebendas y pitanzas al personal empleado, se permitía desafiar y rebajar a la Asamblea Legislativa. El monárquico y clerical partido del orden, soporte de Bonaparte en la Asamblea, fue distanciándose de él mientras perdía progresivamente el control de las principales instituciones del Estado y se debilitaba internamente por las querellas entre sus diversas facciones. Al deterioro de la situación política contribuyeron tanto estos conflictos, abiertamente expuestos y denunciados por el Presidente de la República, como el temor a una nueva revolución social. En este contexto de inestabilidad e incertidumbre, tal vez para evitar males mayores, gran parte de la Asamblea era favorable a que Luis Napoleón pudiera prolongar su mandato presidencial más allá de lo previsto por la Constitución. Sin embargo, las rígidas previsiones de reforma

constitucional hicieron imposible la aprobación de una enmienda en ese sentido en el verano de 1851.

Finalmente, unos meses antes de la fecha establecida en la Constitución para elegir a un nuevo Presidente de la República (el segundo domingo de mayo de 1852), Bonaparte ejecutó el golpe de Estado. Eligió para ello el 2 de diciembre de 1851, aniversario de la batalla de Austerlitz. El mismo día del año 1805 las tropas francesas habían deparado a su tío, Napoleón I, una de sus más célebres victorias bélicas al derrotar a los ejércitos imperiales de Austria y Rusia; cuarenta y seis años más tarde, Luis Napoleón, el primer Presidente de la Segunda República, hizo ocupar el Palais-Bourbon, sede del parlamento, suspendió la Constitución y, apelando a la soberanía del pueblo y a la incapacidad de la Asamblea para establecer un programa de prosperidad y paz, asumió todos los poderes del Estado. Había consumado, pues, un segundo dieciocho Brumario, similar a aquel que protagonizó su insigne pariente a finales de 1799 y que convencionalmente se identifica con el fin de la Revolución Francesa.

La escasa resistencia social al golpe de 1851 fue rápidamente sofocada; de nuevo, el miedo a los disturbios y a la revolución social, amenazas que Luis Napoleón exageró estratégicamente, reforzó la legitimidad bonapartista. Libre ya de la enojosa presión del poder legislativo, el nuevo caudillo no ahorró recursos simbólicos para excitar el entusiasmo popular, que alcanzó su clímax en el plebiscito del 21 de noviembre de 1852 en virtud del cual confirmó la restauración imperial. Con el nombre de Napoleón III, Luis Napoleón se convirtió en el segundo emperador de

los franceses. El Segundo Imperio, proclamado justo cuando se cumplía un año del golpe, se extendió a lo largo de dos décadas: la primera, más autoritaria, inaugurada por una amplia represión de los disidentes y la imposición de una Constitución que restablecía el sufragio universal, pero subordinaba todas las instituciones del Estado al poder ejecutivo; y la segunda, más liberal, caracterizada por un desarrollo de los poderes del parlamento y el levantamiento de algunas restricciones sobre las libertades políticas.

Napoleón III encarna la primera dictadura moderna de carácter autoritario. Su «autogolpe presidencial» constituye un modelo histórico a la luz del cual se ilustran procesos políticos contemporáneos de extraordinaria importancia, como los encabezados por Alberto Fujimori en Perú en 1992, o Boris Yeltsin en Rusia en 1993⁶. Su régimen ha dado nombre a una categoría analítica en la ciencia política, el bonapartismo, definido por el ejercicio de un poder personal legitimado popularmente, por la hegemonía de una elite burocrático-militar y la voluntad de preservar la independencia del Estado respecto a la sociedad.

Todas estas características hacen aparecer a Luis Napoleón Bonaparte como una figura de indiscutible interés, pero cabe pensar que Marx le ayudó a alcanzar ese destacado perfil histórico dedicando un libro a explicar los sucesos que protagonizó. No escapa, pues, al reproche que él mismo hacía a Victor Hugo en el prólogo a la

6. Debo estas observaciones a Jesús de Andrés, quien las ha desarrollado en su tesis doctoral *Golpe de Estado y cambio político en el proceso de transición soviético-ruso*, Madrid, UNED, 2002.

segunda edición de *El dieciocho Brumario*⁷. Según Marx, Victor Hugo había engrandecido involuntariamente a «Napoleón el Pequeño» al describir su golpe como el acto de violencia perpetrado por un individuo con iniciativa y capacidad de intervención⁸. Marx creía que su enfoque analítico, centrado particularmente en la sociedad, le salvaguardaba de este riesgo. Sin embargo, él, que despreciaba y ridiculizaba sin ambages a ese «idiotita», a ese desvergonzado «caballero de industria» –como lo tildó en 1852, si bien en la segunda edición de la obra templó estos calificativos–, ha favorecido que la persona y la política del segundo emperador francés hayan atraído la atención de muchos estudiosos durante el último siglo y medio.

La interpretación de Marx: lucha de clases y victoria del *tertius gaudens*

Uno de los principales expertos contemporáneos en el pensamiento de Marx ha señalado que *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* y el primer volumen de *El Capital* representan las principales muestras de la excelencia teórica de Marx⁹. De esta afirmación se desprende una conclusión certera que, no obstante, ha sido a menudo objeto de controversia: la narración de un acontecimiento

7. Véase la traducción de este prólogo en las páginas 211-214 de esta edición.

8. Véase Víctor Hugo, *Napoleón el pequeño*, Barcelona, Lorenzana, 1969.

9. Elster (nota 2), pág. 2.

histórico puede ser tan idónea como la reflexión abstracta en torno a un problema general para formular explicaciones aplicables a fenómenos diversos.

Marx reconstruye los acontecimientos que marcan el desarrollo de la Segunda República desde una perspectiva teleológica, aplicándoles un significado que contribuye a explicar el desenlace de este régimen, es decir, el golpe de Luis Napoleón Bonaparte. Señala cesuras convencionales para establecer la periodización de la época, sucesos habitualmente considerados puntos de inflexión en procesos históricos porque introducen cambios en la distribución de fuerzas existente. Sin embargo, en la interpretación marxiana cada uno de estos períodos encierra un conflicto; un conflicto aparentemente político, de base ideológica, que en realidad esconde la lucha de clases, la pugna entre partes del cuerpo social con distintas condiciones materiales de vida. Tales condiciones son producto de las relaciones de producción, es decir, del lugar que ocupan los diferentes grupos en el sistema de propiedad vigente, el sistema capitalista. Ellas constituyen la base sobre la que «se erige toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y visiones del mundo diferentes y configuradas de modo específico» (pág. 84).

Esta visión materialista de la historia ya había quedado trazada en *Miseria de la Filosofía*, obra que Marx escribió en 1847 en respuesta a *Filosofía de la Miseria* de Proudhon¹⁰. El conflicto de base económica entre opresores y oprimidos, entre explotadores y explotados, es la esencia del materialismo histórico, la fuerza motriz de la historia

10. Karl Marx, *Miseria de la Filosofía*, Madrid, Sarpe, 1984.